

La puerta de su prisión se abre... Sobre una tabla que sirve de mesa se ven diferentes notas reunidas para su defensa... ¡notas inútiles!

Estaba turbado al verse ante el Tribunal, sentado en el banquillo de los acusados. Aquellos testigos reunidos en contra suya, aquel público que clavaba los ojos en él, empinándose los unos tras de los otros para ver mejor, son capaces de quitar á cualquiera la serenidad.

A los pocos instantes van á buscar á Luciano para llevarle á otro calabozo, ocupado ya por un preso, porque los calaboceros desconfían de que aquel preso sombrío y meditabundo, al verse solo, quiera acabar con su vida.

Su compañero de prisión, condenado á trabajos forzados, por robo á mano armada, quiere ligar con el conversación, y le dice:

— ¡No has tenido suerte! Parece que te han condenado á seis años de reclusión y vas á la Central. ¡Es muy dura la Central! Yo sé algo, porque he vivido en Melun... Por eso esta vez me he arreglado de nuevo el modo de viajar por cuenta del Estado. Veré otras tierras; esto distrae, y además, instruye.

— Dejadme, ¡dejadme por favor! — murmuró Luciano.

— ¿Preferes meditar? Como quieras; pero mira, haces mal de no hablar, porque en la Central no te dejarán mover la *muy*.

Sentado en un rincón, con la cabeza caída sobre el pecho, Luciano guardaba un sombrío silencio.

— ¿Creéis quizá, — repuso su compañero, — que soy un *moscarón* que me han puesto contigo para *largar* lo que pueda? No soy tonto, cuesta muy caro el oficio de *soplón*, y por algunas dulzuras que se alcanzan de la Administración, los camaradas nos dan vida de perro, cuando no nos aprietan la nuez á la primera ocasión.

Luciano Lecomte no durmió aquella noche, y en breve le trasladaron á la *Grande-Roquette*.

## XVII

Todos los forasteros que van á París y visitan el célebre cementerio del *Pere-Lachaise*, contemplan con curiosidad el siniestro edificio situado en las cercanías de dicho cementerio.

Nada más triste que el camino que recorría el coche que llevaba á Luciano. Pero el desgraciado joven, ensimismado en su abatimiento, en nada reparó, y sólo volvió en sí cuando le mandaron bajarse del coche celular, y encaminarse á la escribanía para cumplimentar los requisitos de rúbrica.

Cuando concluyeron, un carcelero dijo á Luciano:

— Desnudaos.

El desdichado, no comprendió; ó quizás creyendo que ese mandato no le concernía, no se movió.

Entonces el carcelero, con movimiento brusco, tirando de una manga del gabán que el preso llevaba puesto, dijo:

— Es preciso que os desnudéis, para vestir el uniforme de la casa. No tengáis cuidado, se os devolverán estos guñapos cuando salgáis de ella.

Esto fué dicho con sarcástico tono, habitual sin duda en el vigilante.

Luciano se desnudó, y volvió á vestirse apresuradamente, pues además del frío que hacía, un rubor fácil de comprender, le impulsaba, creyendo escapar por ese medio y cuanto antes á las miradas de todos los que le rodeaban.



Cuando concluyó de vestirse, se le condujo hacia la bóveda que conducía á los dormitorios. Aún no estaba concluido su atavío, pues llegados á cierto punto le mandaron sentar para cortarle el cabello á raíz.

Maquinalmente alzó la vista, viendo á su frente una verja, y detras de ésta unas doscientos presos paseando en un patio, pues era la hora del recreo.

Cuando se encontró rasurado, se abrió la verja y le dijeron:

—Entrad.

—Paseaos, —dijo uno de los vigilantes, — está prohibido quedarse parados.

Luciano empezó á dar vueltas, como veía las daban sus compañeros.

### XVIII

Una mirada bastó á la mayor parte de los detenidos para clasificar á su nuevo compañero, sabían, en su modo de andar y de poner las manos, en sus miradas espantadas, que no era un hombre acostumbrado á prisiones, y se preguntaba si era un Central ó un presidiario, porque, como hemos dicho, en la *Grande-Roquette* no entraban para penas de corta duración.

Juzgado como delincuente, no tardó de serlo como individuo; la finura de sus manos, la blancura de su tez, indicaban á todos aquellos hombres que el recién llegado pertenecía á clase elevada, ó por lo menos la había frecuentado.

En breve circuló su nombre de boca en boca,

porque ya se sabía que un sentenciado del nombre de Luciano Lecomte se había presentado el día anterior en el Tribunal mercediendo seis años de reclusión; los presos se enteraban de todas las noticias referentes á cárceles y presidios, y esperan con afán que los que entran les den noticias del mundo exterior.

En cuanto entró Luciano, se trató de hacerle hablar. Quisieron invitarle á tomar algo en la cantina; quizás esperaban que hubiera conservado algunas monedas, y contaban con ser obsequiados, más Luciano no contestaba, no por orgullo ni por desdén; sabía que agravaría su situación si se mostraba altivo con sus nuevos compañeros; pero no oía, no entendía, estaba siempre bajo la impresión de penoso abatimiento y marchaba como si le hubieran dado una impulsión mecánica.

Terminada la hora del paseo, los presos se ordenaron en fila para dirigirse á los talleres, y como Luciano, siempre maquinalmente fuese á seguirlos, un vigilante le dijo:

—Quedaos; vos no estáis aún destinado á ningún taller; ¿qué sabéis hacer?

—¿Qué sé hacer? —preguntó asombrado.

—Sí; tenemos talleres de carpintería y de calzado: ¿que sabéis hacer?

—Yo no he trabajado á ningun oficio, no sabía...

—Aprenderéis; empezaráis por colocaros en el taller de encuadernación, faltan operarios y para un principiante es lo más fácil.

Se le condujo al taller de encuadernación, y un oficial se encargó de darle las primeras nociones del oficio. A las siete la campana anunció que había llegado el momento de reposo; el gas no estaba aún establecido en la *Grande-Roquette*, y los presos no podían velar en los talleres, porque el



reglamento de la cárcel no obliga á los contratistas á iluminar. Gracias al trabajo de los presos, muchos contratistas se han hecho ricos.

Uno de los vigilantes condujo á Luciano á una celda del segundo piso, y después de hacerle entrar en ella, cerró la puerta y corrió un enorme cerrojo; el arte del cerrajero está estacionado en las prisiones, y en las dimensiones de llaves y cerrojos diríase que aún corren los tiempos del feudalismo; pero Luciano Lecomte no se quejó de verse encerrado; al menos durante la noche tendría el placer de no hablar, de no reír, de vivir apartado de sus odiosos compañeros.

Al día siguiente su carcelero fué á buscarle para conducirlo junto al director, y después de franquear varias verjas, se encontró en el patio donde el carruaje le había depositado al llegar. Subió una pequeña escalera, y penetró en el despacho del Jefe.

El Director de la *Grande-Roquette* pasaba por un hombre enérgico, pero humano y justo; los presos le temían sin odiarle, porque sabían que estaba siempre pronto á reprimir todo acto de indisciplina, lo mismo que atender á cualquier queja que fuera justa, ó á dulcificar en cuanto pudiera los rigores de la prisión.

Sentado en un sillón, bastóle una mirada para juzgar al preso, y dijo con un acento en que se leía más que la consideración el interés:

—Lecomte, os he llamado para deciros que me habéis sido recomendado por vuestro antiguo Jefe el señor Robins.

—El no me cree culpable; es un gran consuelo para mí,—murmuró Luciano con tristeza.

—Yo no trato de saber si sois ó no culpable; para mí no representáis más que un pensionista de los que el Estado me confía. Pero en atención á la recomendación de vuestro Jefe y á vuestra

educación, deseo mejorar vuestras condiciones hasta donde lo permita el reglamento de la casa.

—Os lo agradezco con todo mi corazón, señor.

—Vais á dejar el taller dónde os han colocado, y pasaréis á la biblioteca. El preso que desempeñaba ese cargo ha extinguido su condena; vos le reemplazaréis; vuestro cargo consistirá en ordenar los volúmenes y en llevar un registro de los que entregáis y de los que os devuelven.

—Creed, señor, que haré todo cuanto esté en mi mano para hacerme útil.

—Y he mandado hacer también un dormitorio separado para los presos que observen buena conducta; tendréis cama donde ellos, si queréis.

—No, señor, si lo permitis, me gustaría más continuar en mi celda.

—¡Preferís la soledad! Ya lo suponía. Pasemos á otra cosa. Como no estáis acostumbrado á las comidas de la casa, autorizo á los empleados de la cantina á que os hagan aparte la comida. ¿Tenéis alguna petición que dirigirme?

—No, señor; vos os habéis anticipado á todos mis deseos.

—Creí que me pediríais el permiso de visitas.

—¿Para qué?—exclamó el preso con amargura; ¡si nadie ha de venir á verme!

—Os engañáis, alguien lo ha pretendido.

—¿El señor Robins?

—No tal; por un sentimiento de delicadeza que vos apreciaréis ha creído que os sería penoso presentaros á él.

—¡Ah! sí. ¡En este traje!—murmuró Luciano con amargura.—No siendo él, ¿quién puede desear verme?

—Dos personas que conocéis, sin duda. Los señores Petithomme han hecho una petición á la Prefectura, y si tenéis gusto en ello, dirigidme



otra; yo la apoyaré, y se os concederá el permiso,

—La haré, señor.

Le había ocurrido de repente que quizás los Petithomme habían recibido alguna carta de su hermano ó de Susana y se la querían entregar.

En lugar de permanecer sentado el Director, se levantó y le condujo hasta la puerta, interesado por la actitud digna y sumisa de Luciano, y su triste y resignada sonrisa.

Fuera de la puerta, Luciano encontró á su carcelero que según las órdenes verbales que había recibido, condujo á su prisionero al nuevo departamento que le estaba reservado, y sin duda por la distinción que mereció el prisionero, el vigilante se mostró atento.

—La biblioteca adonde os conduzco, está situada al extremo de la casa, en el tercer patio, el de los sentenciados á muerte.

—¡Ah! — dijo Luciano estremeciéndose á esta idea.

—No hay más que dos en este momento, — añadió el vigilante entreabriendo la puerta de la biblioteca; — podéis verlos cuando pasean. En el nuevo destino no os aburriréis, habéis tenido suerte.

—Sí, una suerte muy relativa, — pensó Luciano.

## XIX

Un día fueron á buscar á Luciano Leconte para conducirlo al locutorio.

El sitio reservado en la *Grande-Roquette* para las entrevistas de los presos con sus parientes y amigos, está situado bajo la primera bóveda, á la

entrada de la cárcel, enfrente del registro, y es una habitación iluminada por dos ventanas que dan al patio.

El señor y la señora Petithomme, que le aguardaban hacía un instante, no le hubieran reconocido, tanto había cambiado. Con sus nuevos vestidos, su barba y bigote afeitado, el pelo cortado al rape, parecía tan pálido, tan flaco, que no resaltaba en su rostro más que sus grandes y tristes ojos negros.

Entonces levantaron la cabeza, le apercibieron dejando escapar una exclamación de dolor, y dejando el banco en que estaban sentados, avanzaron hasta la rejilla. Su andar, la expresión de su fisonomía, que se hallaba intimidadas al tener que mirar frente á frente al hombre á quien había rehusado un favor del que dependían su honor y su vida, conmovieron á Luciano, que se compadeció de ellos en medio de su desgracia.

—Acercáos — murmuró, — ya veis que yo no puedo ir hacia vosotros; quiero estrechar vuestras manos, daros gracias porque no me abandonáis en mi triste situación.

Más atrevida que su marido, Cesarina se adelantó, y estrechando la mano de Luciano, repuso:

—¿Es posible? ¿no nos guardáis rencor?

—¿Por qué? Nunca he dejado de estimaros.

—¡Ah! nosotros somos más severos por apreciar nuestra falta, y Cornelio y yo no cesamos de repetirnos que nada de esto hubiera pasado si fuésemos menos...

—Avaros, — terminó Petithomme.

Por vez primera, sin ayuda de su mujer, había encontrado la expresión exacta: tal conciencia tenía de la falta cometida.

—Sí, — mi marido tiene razón, — repuso vivamente, — hemos sido muy culpables, y nuestra



avaricia no nos sirve para nada, porque desde que os han condenado, el remordimiento no nos deja abrir la caja, la vista de nuestro dinero aumenta nuestro pesar.

—¡Ah! ¡sí! —murmuró el gigante.

—No hablemos de eso; no quiero pensar en el pasado más que para daros gracias por vuestro interés.

—¡Ah! ¡qué bueno sois!

Contempláronle en silencio, y Cesarina, aquella mujer seca y dura, harto implacable cuando se trataba de dinero, sentíase conmovida y decía llorando:

—¿Es posible? ¿Vos, el hijo de nuestro protector, con ese traje, detrás de una reja?

—¡Es obra de la fatalidad!

—Pero os pondrán pronto en libertad; la justicia reconocerá su error.

—¿También vosotros me creéis inocente?

—¡Jamás os hemos creído culpable!

Y acercándose cuanto pudo á Luciano, murmuró á su oído:

—No sólo lo creemos, sino que hemos descubierto al culpable.

Luciano se estremeció, y sobresaltado preguntó:

—¿En quién pensáis?

—¡No nos habíamos engañado! —exclamó Cesarina. —¿Por qué os asusta que hayamos descubierto al culpable? Porque si no se trataba de él...

—¿Quién es él?

—Vuestro hermano.

—¡Oh! ¡silencio! ¡silencio! Si tal cosa dijerais delante de otro, no os lo perdonaría jamás, jamás. Además, lo que pensáis es falso: entendedis, falso.

—Pues bien, no os enfadéis; será falso, puesto que lo queréis así, y callaremos, os lo juro. Además, ya es muy tarde para hablar.

—Sí, muy tarde, —exclamó Cornelio. —Pero

los Jueces han debido adivinar como nosotros. Es verdad. Ellos no conocían vuestra vida íntima; la vida de vuestro hermano... Ellos no le encontraron como yo en una casa de juego la noche misma en que faltó el dinero... ¡No me miréis así, como si quisierais tragarme! ¿Qué os importa que yo sepa la verdad? Sé guardar un secreto.

—Sí, seremos mudos.

—¡Si no hay secreto! ¡Si no hay nada que se pueda confesar!

—Bien, bien: vuestro hermano no juega para nada en el asunto; pero ¿á qué enviarle tan lejos, á un país donde no llegan las noticias fácilmente? ¿para que no pudiera saber el proceso y entregar-se? ¿por eso le habéis enviado á Africa?

—¿Cómo sabéis que está en Africa?

—¿No le encargásteis que os escribiera con un sobre á mi marido?

—¡Y bien!..

—Pues bien: hemos recibido una carta de Argel, casi del Desierto... He abierto la carta, y dentro había otra para vos.

—¡Oh! ¿de veras? dádmela, dádmela.

Pero al decir esto recordó su situación; no podía recibir directamente cartas ni papeles.

—Ved lo que hacéis, —dijo, señalándole con una mirada al vigilante.

—No nos mira, y además Cornelio es tan alto, que evitará que me vea; alguna vez, su estatura había de servirnos de algo. Extended la mano y no temáis.

En efecto, Luciano en breve era dueño de la carta, sin que el vigilante hubiera intervenido, fuera por no haberse enterado ó porque quisiera ser complaciente con aquel preso que le estaba recomendado por el Director.

—Ahora, —repuso Cesarina, —tengo que daros otra cosa.



—¿Vcs?

—Sí, señor, —murmuró turbada. — Creíamos que podíais tener necesidad de algún dinero, y os traemos algunos billetes. Os asombra, ¿no es verdad? También nos asombra á nosotros. Tomad, tomad pronto, no vayamos á arrepentirnos.

—Gracias, —dijo Luciano sonriéndose á pesar suyo. — Quedo muy reconocido á vuestro interés, pero no puedo aceptar ese dinero. Si me lo encontraran sería castigado y pagaría mal los favores que el Director me otorga.

—¿No tenéis otro motivo para rehusarlo? — exclamó Cesarina con amargura.

—No, os lo juro.

—Entonces, no insisto; no quiero causaros más contratiempo.

No insistió, porque en el fondo no le pesaba esta negativa. Había tenido una buena inspiración, un arranque hijo de un remordimiento, pero en el fondo la avaricia vivía siempre, y el dinero otra vez en caja regocijaba su alma.

Cuando se separaron, Luciano les hizo prometer que volverían; quería darles respuesta á la carta que le llevaban.

## XX

En cuanto volvió á la biblioteca donde pasaba los días, Luciano Lecomte, después de convenirse de que nadie le veía, se apresuró á sacar la carta que le había entregado Cesarina; era de Susana, y estaba concebida en estos términos:

“Mi querido tío: No has contestado á las dife-

rentes cartas que te he enviado, y temo que no hayas recibido ninguna. Te envío ésta por conducto seguro, y quiero darte cuenta de todo lo ocurrido desde que nos separamos.

„¡Ah! ¡cómo sufrí el día de mi partida!... Si me hubieras visto, te hubiera dado lástima. ¡Pobre madre mía! ¡dejarla así, sin acompañarla al cementerio, sin conocer su tumba querida, y luego te dejaba á tí también, mi querido tío!... ¡Ah! decididamente no quiero llamarte así, soy algo más que tu sobrina; te llamaré padre, y el mío no tendrá celos porque te quiera mucho. Muchas veces le oigo decir: ¡hermano, hermano mío! y sus ojos se llenan de lágrimas...

„¿En qué estaba? Perdona lo descosido de esta carta; soy una chiquilla... y eso que dicen que estoy muy desarrollada para mi edad; pero mi madre me decía siempre que era una niña. Cuando yo me ofendía, exclamaba:—No te quejes; así viviremos más tiempo juntas, sin que tu matrimonio nos separe....—¡Ah! no es el matrimonio el que nos ha separado, ¡es la muerte!

„Decía, pues... y ya ves vuelvo á empezar, que tuve mucho pesar al separarme de tí; pero tú lo mandabas y era preciso obedecer. Me acordaré siempre de las recomendaciones de mi madre; creíste que el viaje distraería mi dolor, y tuviste razón.... tu tienes siempre razón. El ruido, el movimiento, los nuevos horizontes, me hacen olvidar á ratos; pero me acuerdo un instante despues, y mi dolor es mucho más vivo.

„Papá sufre mucho también, y su tristeza aumenta cuando llega el correo de Francia. Mañana en Argel, en los primeros días de Diciembre, ojeaba un periódico, y de pronto exclamó:— ¡Quiero partir! ¡quiero partir! ¡quiero ir á su lado!—Sin duda pensaba en tí; despues se tranquilizó, y ahora no llegan periódicos á esta soledad.



¿Dónde estáis? me preguntarás. No tengas tanta prisa; ya te diré las ciudades que hemos recorrido.

„Primero Marsella; allí nos embarcamos, y en treinta y cuatro horas llegamos á Argel... ¡Ah! papá se ha corregido mucho de lo que mamá le reprochaba. A bordo, algunos pasajeros se aburrían, quisieron hacerle jugar, pero él dijo que jamás volvería á tocar una carta. Te lo digo para que estés contento de él.

„En Argel estuvimos tres días, lo suficiente para descansar; sin mí, mi padre no se hubiera detenido, porque su afán es dejar las ciudades, vivir en el campo. Parecía que tenía miedo de hallarse entre compatriotas, y huía de los viajeros que desembarcaban en Marsella. Te doy cuenta de todo esto porque no se separa de mí; parece quererme mucho, y con frecuencia me dice:—¡Quiéreme, quiéreme mucho; necesito de tu cariño para olvidar!...—Sin duda se refiere á mi madre. Yo, por el contrario, quiero pensar siempre en mamá.

„De Argel fuimos por mar á Filipeville, y allí tomamos el camino de hierro para ir á Constantina. ¡Qué ciudad tan pintoresca! Un verdadero nido de piedra asentado en una roca. ¡Qué costumbres tan extrañas! Arabes, judíos, moros, y todas las mujeres tapadas con un velo. Al día siguiente tomamos la diligencia que debía conducirnos á Batna y á Biskra, viaje muy fatigoso, porque hay que atravesar montañas y precipicios. Por fin llegamos, y no puedes figurarte cómo nos hemos visto recompensados de nuestro trabajo; sobre nuestras cabezas un cielo de una limpidez extraordinaria; en frente de nosotros el Desierto de Sahara... Parece un mar de arena de color de violeta. ¡Qué grandeza! ¡Qué tintas las de aquel sol poniente! Yo me arrodillé y no pude contener mis lágrimas.

„Mi padre estaba maravillado. El artista renacía en él, y apenas nos instalamos en el país, al límite de una selva de palmeras se armaba de sus pinceles, de sus colores, de lienzos que había comprado en Marsella, y decía:— Quiero recuperar con mi trabajo todo lo que he perdido, y formar tu dote.—Lo conseguirá, porque tiene talento. Un joven irlandés, el señor Lionel Murdon, que se ha fijado aquí desde algún tiempo, decía ayer admirando uno de sus cuadros:—¡Qué verdad! ¡qué colorido! ¡qué valentía! Ya ves si estaré orgullosa.

„Te escribo desde Biskra, adonde puedes contestarnos, porque permaneceremos algún tiempo aquí. ¿Te acuerdas de tu hija? ¿Eres desgraciado desde que no la tienes á tu lado, para hacerte rabiar? Responde á estas preguntas. Vive un poco conmigo por medio de tus cartas, y recibe un abrazo de tu cariñosa *Susana*.„

.....

Durante la lectura de esta carta las lágrimas asomaban muchas veces á sus ojos; pero lágrimas dulces, alternadas con una sonrisa de satisfacción.

Jorge había obedecido, se había regenerado, huía del juego, y se entregaba al trabajo... ¡Ah! por lo menos su sacrificio no era inútil. ¡Con qué paciencia soportaría su encarcelamiento!

Si olvidaba un instante á Jorge, era para pensar en Susana; también se encontraba recompensado por la ternura que le manifestaba. ¡Cómo no consolarse al sufrir por una niña tan buena, tan pura! ¿Qué sería de ella, si en lugar de callar, hubiera contestado á los Jueces:—No soy yo el culpable; es mi hermano?

Hubieran ido á prender á Jorge á su propia casa, y su infeliz hija, después de haber visto salir el cadáver de su madre, hubiera visto arrastrar á su padre á una prisión. ¡Qué espectáculo! ¡Qué amargura ante ella! Le parecían

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



menos dolorosos sus sufrimientos, mucho más, que esperaba, gracias á su buena conducta y á las gestiones del señor Robins, que le perdonarían la mayor parte de su condena, y en cuanto estuviera libre, Jorge y Susana volverían á Francia. Jorge, gran artista, Susana, una hermosa joven, y viviría con ellos en un lugar apartado, querido, respetado de aquel hermano y de aquella hija adoptiva por quien se había sacrificado.

Estos pensamientos, estas esperanzas, estos sueños hicieron soportable su existencia, en la *Grande-Roquette*.

En los primeros días de Abril supo que iba á formar parte del convoy de presos que la Administración enviaba á una de las tres casas donde los sentenciados extinguen sus condenas: Aniane, Thouars y Melun. En efecto, dos días después dejaba su prisión provisional, subía en el carruaje celular y era trasladado á Melun.

## SEGUNDA PARTE

### I



ÚNEZ, en la antigüedad denominada *La Blanca Perla del Occidente*, según los poetas; *El Albornoz del Profeta*, como le llaman los árabes, estaba muy agitada, tumultuosa, el lunes 18 de Septiembre de 187...

Desde la Kasba, barrio musulman, á la plaza de la Marina, donde viven los europeos, todo es movimiento y ruido. En los *souks*, ó grandes bazares, los moros, con sus vestidos blancos, ceñida la cabeza con turbante multicolor y los pies calzados con sandalias ó botitas de cuero de Levante, en lugar de dirigirse á vender sus mercancías ó á tomar café, se detienen en grupos y gesticulan.

Los árabes, envueltos en su blanco albornoz, se reúnen también en agitados grupos, y el barrio de los judíos veíase menos agitado que los demás.

Las mujeres judías, dotadas del privilegio que les da la religión, de dejarse ver con el rostro descubierto, seguían á sus maridos.

Algunas de ellas, de clases elevadas, formaban grupos, hablando en desorden, y su animación era tal, que su *fedraje*, especie de manto, se entre-